

dos los reinos juntos, y apesar de ser, por lo tanto, su legislación y sus procedimientos de gobierno universalísimos, pues son para todos los hombres, están tan previstos todos los casos particulares y se tienen en ellos tan en cuenta todas y cada una de las circunstancias en que pueden encontrarse todos los hombres, que parece que se legisla para cada uno de ellos, y que todas las atenciones y cuidados de nuestra Reina Inmaculada se fija en cada uno de nosotros como sino hubiera otro alguno a quien dirigir y gobernar; bien podemos repetir con San Benardino, (Serm de la Misericordia de María). «Tota facta est mihi», toda Ella no tiene otra preocupación, sino defenderme y procurar mi bien.

Es lógico, por lo tanto, que si a los elegidos los dirige y gobierna la Stma. Virgen de conformidad con los anhelos de perfección que sienten, como vimos en el artículo anterior, emplee para gobernar a los fieles de vida espiritual ordinaria, procedimientos acomodados a las circunstancias de éstos.

La vida ordinaria cristiana no tiene las delicadezas de la vida de perfección; tiene lo extraordinario de la abnegación del espíritu que hermosea con rayos sublimes lo común, lo vulgar, dentro del servicio que todos debemos a Dios y del deseo de conseguir nuestro último fin.

Pero es lo estable, lo general. La perfección es de pocos, pero ser buenos incumbe a todos. Los perfectos pueden extraviarse en las alturas a que los eleva su deseo de mayor perfección, y caer, y ser pésima la corrupción de sus espíritus. Pero estas caídas son pocas, porque pocos son los que se remontan a la verdadera perfección.

Los fieles comunes se contaminan más fácilmente del espíritu del mundo; sus almas se encuentran entre dos ambientes completamente opuestos: el que forma los ideales y costumbres cristianas, y el que resulta del desenvolvimiento de las pasiones, de los egoísmos y de las vanidades. Sus caídas son frequentes. Llegan a hacerse ordinarias y constituyen una manera tan diabólica de dividir el corazón en-